

**Lynn Hunt, *La escritura de la historia en la era global*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2022, 154 págs.**

El libro de la norteamericana Lynn Hunt que reseñamos aquí es una novedad en nuestro país y para nuestra lengua, si bien el texto original en inglés –*Writing History in the Global Era* (New York, London: W.W. Norton & Company, 2014)– cuenta ya con algo más de tiempo. El planteamiento general, la idea de ofrecer una mirada amplia sobre los derroteros que ha tomado la disciplina de la historia en los últimos tiempos y sobre las opciones con las que cuenta a partir de ahora, nos resulta interesante y sobre todo necesaria; y más aún nos lo parece si tenemos en cuenta que el enfoque que esta obra adopta parte de una postura expositiva abiertamente práctica. Según afirma la propia autora en sus primeras líneas, todo el trabajo empezó a germinarse a partir de un conjunto de cursos y ponencias académicas que poco a poco fueron transformándose, desde el año 2010, en una serie de textos cada vez más amplios y completos. Tal detalle no nos parece del todo anecdótico. Al fin y al cabo, leyendo el escueto ensayo que tenemos entre las manos, no podemos dejar de pensar que nos encontramos ante los apuntes personales de una profesora universitaria, y que el contenido que leemos y sobre el que reflexionamos, es eminentemente el mismo que el que la docente pudo haber proporcionado a sus estudiantes durante las clases. Hizo lo mismo Aristóteles, y hoy leemos sus magistrales y peripatéticas lecciones a través de la *Metafísica*. Y también Montaigne, o Baltasar Gracián, se podría decir que hicieron algo similar: solían acudir a los sitios portando un cartapacio en el que apuntaban sus elucubraciones y pensamientos profundos. El resultado de sus obras, por tanto, acababa adquiriendo un atractivo estilo esbozado, improvisado, desestructurado, que dejaba ver al lector las fases de la indagación intelectual. Algo de cartapacio humanístico tiene también el libro de Lynn Hunt.

La primera parte de la obra resulta de hecho llamativamente esquemática, y eso que su tema central es amplio, pues se refiere a la aparición, auge y caída de los paradigmas historiográficos dominantes en la segunda mitad siglo XX (identificados aquí bajo los rótulos de marxismo, modernización, Escuela de los Annales, y política identitaria). Según la autora, estos cuatro férreos movimientos, a pesar de sustentar su praxis conjunta en ideas transversales de voluntad totalizadora, no pudieron evitar su desplome ante el advenimiento de una nueva tendencia, la de las llamadas “teorías culturales”. Se trataba este de un conjunto abrumador de modelos y formas distintas de hacer historia que, si bien venían a demostrar con éxito que las expresiones de tipo cultural no eran algo así como meros apéndices de lo económico y de lo social (pues tenían su propia “lógica autónoma”), fallaron a la hora de proyectar una alternativa realista ante el vacío epistemológico que habían desencadenado. Haciendo mención de los eventos históricos significativos que jalonan las décadas finales del siglo XX (motivo del desasosiego multitudinario, de la desconfianza hacia la oficialidad, y de la pérdida simbólica de referentes “imperiales”), Hunt nos brinda en unas pocas páginas un retrato bastante ilustrativo de lo que ella entiende por conceptos que a menudo tienden a confundirse entre sí: estructuralismo y posestructuralismo, posmodernidad, poscolonialismo, “giro lingüístico” y “giro cultural”, y también historia de las mujeres e historia de las identidades culturales.

Como vemos, aquí el lector se encuentra ante un capítulo de temática tan amplia como profunda; y sin embargo, Lynn Hunt consigue proponer un esquema asequible que además trata de dar más peso a aquellas parcelas que quizás en nuestro entorno

historiográfico inmediato serían más difíciles de cubrir. Mientras que las aclaraciones sobre el marxismo o las posturas annalistas no podrían haberse expresado en menos espacio, en cambio los pasajes que se encargan de desenmascarar el teatral artificio de los enfoques culturalistas nos parecen muy sugerentes (se nos informa aquí de trabajos y de historiadores que cualquier interesado en estos temas sabrá valorar bien). Con todo, e incluso cuando creemos estar bastante seguros de que el propósito de Hunt era dar a conocer de forma fácilmente digerible una realidad compleja que atañe a la disciplina histórica, y también a pesar de que tal propósito está a nuestro juicio bien solucionado, existen aquí ciertas limitaciones que no podemos dejar de mencionar. La primera de ellas tiene que ver con el propio retrato que la historiadora elabora de los cuatro paradigmas dominantes. Por mucho que la brevedad a la que hemos aludido esté justificada, no lo está tanto que este libro carezca de abundantes notas al pie a partir de las cuales el lector pueda, de así desearlo, ponerse al día en cuestiones elementales que tocan a los referidos paradigmas. Nos estamos refiriendo a un trabajo añadido que la autora quizás debería haber hecho a pesar del tedio y del esfuerzo de la tarea, simplemente para garantizar que tanto los alumnos como los profesores que puedan leer el trabajo logren ir más allá del hilo argumental que ronda por la mente de quien lo ha escrito. Y esa misma crítica la hacemos extensible a otros muchos temas, algunos de los cuales son además sobradamente conocidos por Lynn Hunt. Por ejemplo, cuando se afirma que la Revolución francesa ya no se puede entender como una victoria del capitalismo sobre el feudalismo, que aquí el lenguaje, el ritual y los símbolos desempeñan un papel transformador... o que dentro de la historia de las mujeres las preocupaciones por la categoría social han dado el testigo a estudios que indagan en los *discursos* que contribuyeron a formar dicha categoría, ¿no es acaso imperiosa la inclusión de información adicional bien ajustada y útil para el estudioso?

Muy a nuestro pesar, este desacierto que sacamos a relucir va a repetirse a lo largo de toda la obra, haciendo que muchas de las afirmaciones y propuestas que se incluyan, irremediablemente pierdan impacto y credibilidad. El segundo de los capítulos, sin ir más lejos, nos pone al corriente de lo que Hunt interpreta como la opción más factible a la hora de elaborar un nuevo paradigma tras el mencionado vacío –el discurso de la globalización–, y nos informa de hitos al respecto bastante llamativos: los orígenes del fenómeno histórico de la globalización, el éxito de la propuesta global ante el descrédito de los bloques antagónicos tras el fin de la Guerra Fría, la comparación de los estudios de la globalización entre Norteamérica y Europa, aspectos positivos y negativos vinculados a la globalización, la nueva atracción por lo “macrohistórico”, el interés por los espacios transnacionales, o el fenómeno del “hibridismo cultural”, entre otros. Y sin embargo, los referentes que aquí se citan son escandalosamente reducidos, centrados casi exclusivamente en el mundo anglosajón y dando absolutamente la espalda a cualquier aportación que pueda proceder de paralelos ubicados al sur de los Estados Unidos o del Reino Unido. El público hispanohablante podrá sentirse beneficiado del acercamiento que esta obra supone hacia trabajos del ámbito anglófono que quizás puedan escapársele, pero de ningún modo comprenderá la total falta de interés hacia el resto de geografías historiográficas que han elaborado igualmente discursos de peso y relevancia. Hacia el final del capítulo, Lynn Hunt apela a la “perspectiva ascendente” –la práctica de realizar estudios de particularidades históricas para dar explicación a realidades más amplias– y dedica algo de espacio a tratar sobre la comercialización del chocolate y el tabaco en el siglo XVIII, o sobre la diáspora de los judíos sefardíes. Estos temas han sido amplísimamente tratados por la historiografía de los últimos tiempos más allá de los significativos avances cosechados por la historia de la cultura material británica tras el

nuevo milenio, pero este libro no dejará que nadie ajeno a estas cuestiones pueda llegar a averiguarlo.

El tercer capítulo, “Repensando la sociedad y al individuo”, apuesta por la recuperación de modelos historiográficos que en el pasado funcionaron con éxito, y propone aplicarlos a los relatos históricos de la globalización. Lynn Hunt demuestra que además de este último tipo de relato, la sociedad y el individuo son hoy temas de debate académico. El individuo está siendo rescatado como categoría histórica –tras las pioneras aportaciones de la primera generación de Annales– de la mano de la neurociencia y de la psicología cognitiva. La sociedad, por su parte, ha dejado de ser interpretada como una “abstracción intelectual” o como el subproducto posmoderno que emana de las células del poder, y ha empezado a darse a ver como “experiencia vivida de reglas compartidas, limitaciones y posibilidades de participación”. Se nos habla de la aparición de los primeros cafés en Inglaterra como centros de sociabilidad y opinión pública, y hay páginas sugestivas sobre la relación que históricamente los humanos han mantenido con los animales y con el medio ambiente en general, o sobre la difusión de los relojes en el Barroco.

Todo ello anima a la reflexión y, de nuevo, observamos que es un material valioso que podría deberse a las lecciones de historia en las aulas de la universidad. Pero –una vez más– no se nos escapan algunas limitaciones que posiblemente habría que haber pulido en la etapa de “posproducción”. En relación con lo comentado, Lynn Hunt destaca figuras como las de Lucien Febvre y Norbert Elias a la hora de ubicar el surgimiento del interés por las emociones y por la cuestión del “autocontrol” emocional respectivamente, llegando a afirmar que “pocos historiadores hicieron caso de los retos planteados por Elias y Febvre”. Sin llegar a cuestionar tal aseveración, lo que sí que parece claro es que en la actualidad tanto la historia de las emociones como el tema de las restricciones pulsionales que implica el desarrollo cultural, gozan de evidente popularidad entre la vanguardia historiográfica. Para que no llegase a obviarse este importante hecho –y para que no diese la impresión de que la autora pretende aquí redescubrir el Mediterráneo–, hubiese sido preciso, otra vez, ser más rigurosos con los datos. Tampoco se comprende la mención a Sigmund Freud en contextos en los que ya ha sido poderosamente superado –el anquilosado asunto de la psicología de las masas, o el tema del psicoanálisis–, y sin embargo, su omisión en aspectos que sí que nos importan mucho hoy: su radical opinión de la autocensura de los humanos en *El malestar en la cultura* (1930) hubiera resultado útil al hablar de ciertos autores y sus puntos de vista. Por otra parte, la machacona referencia a los trabajos y las opiniones de Michel Foucault a lo largo de toda la obra, así como la pretendida “alternativa” a los enfoques foucaultianos que Hunt propone en las páginas finales, nos parecen improcedentes y hasta asombrosas. Cuando Michel de Certeau hablaba de la “creación a través del consumo” y de las “tácticas populares” que surgen tras los embates del control en *La invención de lo cotidiano*, de alguna manera ya estaba rebatiendo el grueso de las tesis de Foucault, y para entonces habían pasado solo cinco años de la primera edición de *Vigilar y castigar*.

El capítulo final de la obra que reseñamos confía, a pesar de las posibles limitaciones y valores “perniciosos” que pudieran interferir en el proceso, en la elaboración de nuevos paradigmas (“creo que los paradigmas son necesarios”). Lynn Hunt se apoya en la necesidad narrativa de la condición humana, en lo tocante a la teleología y al metarrelato, y asume de todas formas que cualquier narración principal, independientemente de su profundidad e idoneidad, es fruto del tiempo histórico en que

ha sido propuesta, lo cual es como decir que la historia permanecerá siempre en construcción y careciendo de un destino final. Para demostrar que la globalización tal vez podría ocupar el puesto de narración histórica principal –de paradigma– en la primera fase del siglo XXI, Hunt ofrece en las últimas páginas una breve historia del consumo de tabaco, café y té en la Europa del siglo XVIII. Este ejemplo, que abarca aspectos en su opinión necesarios para que tal paradigma culmine de manera exitosa (la modernidad, el carácter transnacional, y la perspectiva ascendente), vuelve a incurrir en las mismas limitaciones arriba anotadas a pesar de su evidente atractivo.

Y es así como concluimos reiterando el marcado aire de “lección magistral” con que cuenta este libro, el aspecto didáctico y sobre todo *oral* de este texto. Es un libro más oral que textual porque ofrece pensamientos y conexiones de contenidos sin detenerse a apuntalar con informaciones precisas las aseveraciones del conferenciante que pronuncia el discurso. Lo mismo que ocurre con los libros de Foucault, posiblemente las ideas aquí propuestas convengan más en la conversación hablada (en las clases de la universidad) que en el escrito ensayístico (el libro académico), pues este último enseguida deja aflorar omisiones, carencias e incongruencias, haciendo que su contenido, por muy sugerente que este sea, eventualmente se tambalee ante la falta de documentación y de perfección compositiva.

Juan Postigo Vidal  
Universidad de Zaragoza (España)  
jpostigo@unizar.es  
ORCID ID: 0000-0002-0669-4774

Fecha de recepción: 22 de marzo de 2023

Fecha de aceptación: 27 de marzo de 2023

Publicación: 30 de junio de 2023

Para citar este artículo: Juan Postigo Vidal, “Reseña de Lynn Hunt, *La escritura de la historia en la era global*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2022, 154 págs.”, *Historiografías*, 25 (enero-junio, 2023), pp. 201-204.